

tipo de raza. Y al contestarme, el azul claro de las pupilas se vidrió un poco, con la humedad de las emociones propias de un alma que es toda entusiasmo y ardor, bajo la corteza del sentido práctico, de la atención estricta á la vida real,—cualidades de la raza también.

—¡Ah!—murmuró.—Lo más hermoso de la Edad Media no lo hemos desechado. ¡Si viese usted este año á las señoras de la Asociación para enfermos, lavando con sus manos unas úlceras cuyo aspecto me impidió comer aquel día, se acordaría usted de Santa Isabel y de San Francisco!

Con mayor veneración que al entrar, besé el deslucido topacio, despidiéndome del buen Pastor, jefe de los demócratas católicos y alma del movimiento que rescata diariamente de la miseria y de la inmoralidad á tantos semejantes nuestros y contribuye á fortalecer la patria (1). Y al cruzar el silencioso jardín, volviéndome una vez más para saludar desde lejos á Su Ilustrísima, que continuaba en el umbral, resonaba dentro de mí la afirmación oída en París: "El Catolicismo es una fuerza social enorme."

(1) Pocos días después de esta entrevista murió súbitamente Monseñor Doutreloux, Obispo de Lieja.

VII

AMBERES.—UN MUSEO CATÓLICO.—UNA PROCESIÓN

A Elena Español.

Estoy en el pueblo de Rubens—al cual le han despojado de esta gloria, probando, según noticias, que el mágico pintor nació en Stiegen.—Sea como quiera, la memoria de Rubens aquí persiste; aquí está su sepulcro; en la catedral se guardan los dos soberbios y populares trípticos de la Crucifixión y el Descendimiento; en el Museo Plantino retratos á granel, y en el Museo del Estado tales obras, que bastarían ellas solas para labrar la reputación de un artista menos fecundo. A este Museo le llamo un Museo católico, porque predomina en él el sentimiento de la poesía y de la magnificencia religiosa, y de antemano sé el contraste que forma con los Museos protestantes que visitaré, compuestos de representaciones de la vida humana, civil y doméstica.

Por conceptos especiales, otros pintores habrán realizado la belleza con más intensidad ó finura que Rubens; pero ¿quién reunirá en con-

junto, con semejante equilibrio y salud, tal suma de cualidades? La rapidez de su ejecución jamás degenera en debilidad. La abundancia es robustez. La sensualidad, la carne, resplandeciente y rica en Rubens, no triunfa del espíritu. La trivialidad (el vicio del pincel holandés) es desconocida para ese príncipe de la pintura, gran señor al par que obrero laborioso, incansable. Su naturalismo es dramático, ni bajo ni grotesco. Sabe componer, sabe pensar; pero la inspiración, que acude dócil, ardiente, al momento de llamarla, se sobrepone á ese elemento intelectual que hiela y petrifica las obras plásticas visiblemente "pensadas". Esto y aun mucho más que guarda relación con la técnica, con el manejo del color, puede decirse en elogio de Rubens.

En el Museo, imponiéndose, Rubens triunfa. Sus regios amarillos, sus púrpuras sombrías, sus hondos azules, sus verdes, sus oros tostados, la victoriosa sinfonía de su paleta, se meten por los ojos, exaltan ó regocijan los sentidos. De sus cuadros, al pronto, me impresionaron dos: la "Lanzada" y el célebre "Cristo sobre la paja". Este último me infundió una mezcla de admiración y horror. A pesar de las severas censuras que le dirigen algunos críticos de arte, la cabeza, el cuerpo y la actitud de Cristo muerto, con los coágulos de sangre que asomando por las fosas nasales manchan el rostro, se me grabaron en la memoria—el genio español no ha concebido nada más terrible. Porque Rubens, que pinta para la vista y no para la ima-

ginación (Rembrandt pintaba para lo uno y para lo otro), subyuga la imaginación por la magia del colorido y la maestría "natural" de sus composiciones. Si se reuniesen en un solo Museo los cuadros cristológicos de Rubens, desde sus "Adoraciones de los Magos" hasta sus "Entierros"—la serie de páginas de la Pasión,—se vería que nadie trató con más fuerza, con más continua lucidez de visión semi-divina, el drama de la Vida sublime.

Y al lado de lo horrible está lo gracioso y tierno—tierno al modo de Rubens, cantado en himnos y estrofas y poemas de color que son una delicia.—Encuentro en Amberes dos joyas de esta clase: la "Educación de la Virgen" y una hoja de tríptico, "La Visitación", en la Catedral. El adaptable genio de Rubens no ha dado mejor muestra de su singular facultad de asimilación que esos dos trozos de pintura, si exceptuamos un cuadro, del Museo de Amberes igualmente, cuadro no muy estimado hasta el día, y que ahora ha llegado á considerarse sobresaliente, por el sentimiento y la emoción, entre los de Rubens. Es una página franciscana, un encargo de los frailes para su iglesia, por el cual abonaron al maestro un puñado de florines, una miseria hoy y también quizás entonces, pues al cabo Rubens era famosísimo, capitaneaba el arte; pero Rubens, que pintaba con facilidad y felicidad, sin cansarse, admitía lo que le daban, y muchas obras suyas manifiestan en la precipitación de la factura que respondían á encargos de este género. Sin duda

los discípulos ayudaban al maestro á despachar la labor. En el cuadro, hoy rehabilitado, "Última comunión de San Francisco", no se ven indicios de colaboración: todo procede de la mano, en esta ocasión contenida, depurada y como espiritualizada, del propio Rubens. Si continúa subiendo la ola de admiración que ha llegado á producir este lienzo, le veremos al frente, y á mucha distancia, de todo lo demás que nos dejó el pincel del mago de Amberes. "Nunca—dice Fromentin—fue aquel grande hombre más dueño de sí mismo, de su corazón y de su mano; nunca su concepción tuvo mayor alcance; nunca su noción del alma humana fue mas profunda, ni su paleta más rica en color sin exceso; nunca su diseño más puro. En esta obra se transfigura Rubens, y después de haberla mirado no cabe mirar otra cosa: hay que irse del Museo". Para aquilatar el valor de la alabanza, recordemos que en el Museo de Amberes están el "Cristo muerto", de Van Dyck; el "Cristo muerto", de Matsys; la "Santa Bárbara", de Van Eyck, y últimamente el colosal tríptico de Nájera, obra de Memling—ó de quien sea—traído de España, de donde jamás debió salir tal maravilla!

Con la impresión reciente de este Museo, donde todo habla á la sensibilidad en el lenguaje brillante y conmovedor del arte impregnado de catolicismo, no hay cosa que mejor se avenga que una procesión, la gran procesión del año, en honor de la Virgen. La casualidad me ofreció este espectáculo, como me había ofre-

cido el mucho menos interesante de la cabalgata á la luz de hachas y faroles, con los delfines y sirenas del Escalda, y la giganta y el gigante que vuelven la cabeza mirando á los balcones. (Aquí se mueren por cabalgatas y comparsas históricas: leo en un diario que para festejar la toma de posesión de un párroco, se ha organizado en una aldea una comparsa donde salen archiduques, barones y damas del siglo xvi.) La procesión es diferente: nada de teatral; la tradición tan sólo.

En el hotel me avisa el portero, todo alborozado, que habrá procesión á las once en punto. Es domingo: en la Catedral se agolpa á oír misa la endomingada muchedumbre, las señoritas de azul y rosa, los burgueses con chisteras planchadas. Amberes parece una ciudad española: nuestros soldados, en los tiempos de la "furia española", deben de haber cortejado asaz á las blancas flamencas: hasta el tipo fisiológico es semejante al de España; entre los que alumbran he visto muy pocos rubios. El modo de estar en el templo me recuerda el nuestro: no excesiva compostura, sonrisas, saludos, animación, aire de fiesta; casi nadie atiende al sermón flamenco, cuyos periodos salen de un púlpito de talla prolija y aparatosa, con árboles, hojarasca y un ángel que toca la trompeta. Y el flamenco, con su pronunciación de la jota aspirada, análoga á la nuestra, tiene un sonido tan castellano, que en la calle suelo volverme creyendo que detrás de mí hablan el patrio idioma.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

Acábanse misa mayor y sermón, y en la plaza, ante el pórtico que guarnecen las desiguales torres, una completa y la otra sin terminar, y que adorna como broche de orfebrería el encantador brocal de hierro forjado por Quintín Matsys, se organiza la procesión. En la cervecería donde me siento á una mesita para ver los preparativos, entra á refrescar la charanga, y los músicos apuran la "chope" riendo y bromeando con las camareras. El día es espléndido: los balcones no están colgados, sin duda no es costumbre aquí, pero de lado á lado de la plaza flotan á cientos banderolas que blasonan el león de Brabante y las manos cortadas de Amberes. El suelo se cubre de espadaña, hojas y olorosas hierbas, profusamente traídas en canastillos. Me dan una palmada en el hombro: es una viejecita, prendida con el extraño tocado de Lovaina, que parece una mantilla española de seda negra coronada por una diadema de flores artificiales. "En la otra plaza verá usted mejor el conjunto", me advierte con la oficiosidad expansiva de "allá".—Sigo el consejo. Ya la procesión desfila.

Primero, las Sociedades obreras con sus estandartes é insignias; las asociaciones y congregaciones, algo que no tiene fin; las cofradías principales de cada parroquia; las cofradías especialmente marianas; el clero, con cruz alzada; las linternas doradas y plateadas de cada iglesia, que equivalen á las mangas y las recuerdan por su forma. Y, fulgurante bajo el sol que arranca chispas á la pedrería de su co-

rona, regalo de la ciudad de Amberes y tasada en muchos miles de francos, la Virgen, con un manto que Rubens se hubiese gozado en pintar: de tisú de oro recamado de rosas de mil tonos purpúreos. Al paso de la Virgen, los niños, aupados por sus madres, envían besos. El rico estandarte que sigue á la Virgen representa el acto de su coronación por el Arzobispo de Malinas.

Cuando pasa el Santísimo, bajo ostentoso palio, me fijo, observo las actitudes, y veo confirmadas noticias que monseñor Mercier me dió en Maredsus. "Si alguien no quisiese descubrirse, echaría por otra calle. No es obligatorio, ni á nadie se reprende porque no lo haga; pero, en efecto, todos lo hacen." Así era: en aquel momento el bullicio se extinguía, la multitud se inclinaba respetuosa.

Me acordé de esas nuestras procesiones novísimas, á las cuales, ni más ni menos que en tiempo de la Liga, se asiste armado hasta los dientes, y donde llueven mojicones, palos y aun tiros... y una vez más el problema de nuestra religiosidad é irreligiosidad peculiares se me presentó como otro aspecto de la "furia española", de que aquí se habla todavía á la vuelta de tres siglos.

VIII

REPOSO EN EL PASADO.—EL MUSEO PLANTINO

Al barón de la Vega de Hoz.

Unos dicen que la maravilla de Amberes son los lienzos de Rubens; otros, que el Museo Plantino. Lo indiscutible es que el tal Museo no tiene semejante.

Ha de recordarse, en apoyo de esta afirmación, que la ciudad de Amberes, cual noble dama de trágicos destinos, ha corrido vicisitudes, gozado prosperidades, padecido decadencia y ruina; que después de disputar á Venecia la soberanía del comercio y del lujo y ver su puerto henchido de navíos y sus almacenes abarrotados de mercancías orientales y los productos de sus fábricas y talleres exportados á subidos precios, cayó sobre ella de improviso una granizada de infortunios, de la cual se nos hace responsables á los españoles, al "demonio del Mediodía" especialmente; quedóse despoblada, emigraron sus laboriosos hijos, la entramos á saco, la infligimos los horrores de un asedio que duró más de catorce meses, cerramos su

puerto, aniquilamos su industria, redujimos su población á menos de una tercera parte. En medio de tanta calamidad, mientras la gloria de Amberes se sepultaba, como gallarda esfinge de pórfido, bajo la arena del desierto, una especie de institución permanecía en pie; una dinastía pacífica, fundada por el trabajo, consolidaba su extraña dignidad, y al visitar el Museo Plantino nadie creería que Amberes no hubiese permanecido siempre al abrigo de los huracanes de la historia.

La impresión del Museo Plantino la identifico con la peculiar del Renacimiento. A la distancia que nos separa de este periodo de la humana evolución, como sabemos que el Renacimiento era sano y fuerte, nos parece armonioso y apacible. Nunca, sin embargo, se agitó el hombre con más dramática violencia. Arte sumo, vigor viril, intensidad científica, acción individual—condiciones del Renacimiento que encuentro en el Museo Plantino, fuertemente representadas.—Y los grandes nombres, la mayor parte familiares á nuestros oídos, que en él resuenan—Arias Montano, Justo Lipsio, Pico de la Mirándola, Alfonso de Aragón, Cosme de Médicis,—despiden el aroma característico del Renacimiento, á vino rancio y generoso.

Digamos ya cómo se formó y en qué consiste la colección Plantina, caso único de Museo "natural", realización del sueño de los aficionados á quienes subleva que la obra de arte sea arrancada de su medio y de su fondo, para hacinarla ó encasillarla entre otras mil en los almacenes

y necrópolis que suelen conocerse por Museos, Colecciones y Galerías.

Hacia mediados del siglo XVI, un francés, oscuro aprendiz de tipógrafo, vino con su joven esposa á establecerse en Amberes. Era primoroso en esas encuadernaciones de piel repujada con artísticos hierros y en esos diminutos baúles de badana y suela que hoy se buscan en casa de los anticuarios. Los refinados eruditos le llevaban sus Horacios y sus Antologías griegas á vestir de tafilete con elegantes cabos y estampados de oro. Zayas, secretario de Felipe II, hubo de encargarle un cofrecillo para remitir una piedra preciosa destinada al monarca español. Al dirigirse á entregar el cofre, el encuadernador (cosas de aquel siglo) fue acometido, acuchillado y herido gravemente. Curó, pero quedó imposibilitado para la labor en cuero; hubo de consagrarse otra vez á la imprenta y se estrenó publicando un librito sobre "educación de una doncella noble", tema de actualidad.

Como la vid al olmo, el hábil Plantino se arrimó al árbol gigante de Felipe II, formidable sombra para cobijar á un industrial en los Países Bajos. Aunque varios testimonios autorizan para incluir á Plantino en la lista de los heterodoxos y hasta de los iluminados, lo cierto es que, por influjo del gran Filipo, un privilegio exclusivo de la Santa Sede para publicar libros litúrgicos fue raíz de su fortuna. Felipe II solía andar entrampado con Plantino; pero, en cambio, cuando asoló y saqueó á Amberes la "furia española", los establecimientos

de Plantino fueron respetados; el águila bicípite de Austria, dominadora del mundo, tendía la proyección misteriosa de su heráldico y negro plumaje sobre la habitación del prototipógrafo del Rey.

El impresor se había establecido en una casa próxima al mercado del Viernes—la misma donde hoy existe el Museo, y que ha sido poco restaurada.—Dígase la verdad: el Museo nació cuando Plantino clavó en ella la pierna fija del compás de su blasón intelectual y artístico. Insensiblemente todo fue Museo allí. Es el encanto de la notable colección: se hizo sola, día tras día.

No dejó el fundador hijos varones y fue encargado de continuar la dinastía su yerno Juan Moreto, el cual, pensando en perpetuarse, erigió la imprenta en mayorazgo electivo, vinculándolo para el más digno y capaz de sus descendientes. Por eso encontramos en el Museo Plantino ese lento y constante acarreo de arte y de recuerdos, que únicamente realizan el tiempo y la paciencia conservadora de muchas generaciones—la famosa pierna fija del compás plantiniano.

Aquellos impresores se hacían retratar por Rubens; eran millonarios; se enterraban en la catedral; se llamaban, como los soberanos, Baltasar II, Baltasar IV; poseían su ejecutoria, y en sus armas campeaba un águila de sable en áureo fondo. En su tipografía componían, en honra del oficio, los monarcas. A diferencia de ciertos aristócratas que malrotan la casa y mal-

baratan la hacienda, los Moretos se respetaban, porque trabajando se habían formado. El semi-dios Hércules y la Constanca eran los tenantes de su escudo, y trabajando se sostenían. Cuando faltaba el jefe y quedaban pequeños los hijos, á la cabeza de la imprenta se colocaba la mujer. Hasta los últimos años del siglo XIX, sin interrupción, funcionaron las prensas de Moreto.

¡Derecho tenían á descansar, á entrar en la historia las valientes prensas que arrojaron á la circulación tantas páginas! La ciudad de Amberes adquirió la imprenta, la morada, las colecciones, el material... y todo, exactamente como lo dejaron los más ilustres dinastas, con su flor de pátina de los siglos XVI y XVII, se visita hoy é infunde al espíritu la alucinación de que existimos y nos movemos, durante algunas horas, en el reinado de Felipe II, hijo de Carlos de Gante, ó del poeta Felipe IV.

La ilusión es perfecta. Todo subsiste íntegro, guardado cariñosamente. Como tesoro de arte brilla el Museo Plantino, pero de arte "orgánico", inherente á las paredes que lo encierran. Dispersad el Museo y lo habéis matado. Cada objeto, de por sí, no significa gran cosa: ni aun los mismos retratos de Rubens. Es la sinfonía, no la nota, lo que constituye el valor de colección tan extraordinaria, que reseñaré por el orden en que voy visitándola y anotando en mi cartera lo que más me llama la atención entre la profusión y riqueza del contenido.

Tres salones encierra el piso bajo, tendidos

de damascos y de viejos tapices flamencos, en cuya cenefa diviso el compás simbólico. El mismo emblema de tenacidad y laboriosidad decora la chimenea del primer salón. Muebles ricos y viejos, porcelanas curiosas adornan la estancia; en el salón contiguo, también decorado con las iniciales de Moreto, un suntuoso contador soporta el reloj que regalaron al impresor aquellos archiduques Alberto é Isabel, que significan para Bélgica la edad de oro. En este segundo salón decoran las paredes doce ó trece pinturas de Rubens, la mayor parte retratos de la dinastía. No son obras maestras, ni Rubens hizo jamás obra maestra en el retrato, aunque la aseveración sorprenda, que á los entendidos no les sorprenderá. Ni en el atento estudio de la personalidad, ni en el parecido exacto, traducción de la vida individual, descollaba el mago de Amberes. Retratada de prisa, á la ligera, de un modo indeterminado, convencional, brillante, engañoso y atractivo, lo más opuesto al método de los excelentes retratistas de Flandes. Y si no fuese así; si Rubens retratase como Franz Halsó Rembrandt, ¿quién calcularía el valor del segundo salón del piso bajo en el Museo Plantino?

No son, pues, los retratos, á pesar de su procedencia, lo que más se graba en la memoria de este Museo. Es lo relacionado con el arte de imprimir. Son los diseños (de Rubens hay también algunos) destinados á frontispicios de obras; las marcas de imprenta; las páginas de Breviario; las viñetas; las planchas de cobre y

xilográficas para ilustrar los antifonarios, misales, oficios diurnos y nocturnos, Biblias, devocionarios y tratados eruditos; los códices con miniaturas, que precedieron á la imprenta, y los que encarnan la transición, impresos los caracteres y miniadas aún las capitales; los manuscritos raros, los incunables, las ediciones de precio, entre las cuales veo varias en castellano—por ejemplo, el "Florilegio", de Séneca, traducción española de Juan Martín Cordero.—Casualmente me fijo en una acuarela del siglo xvi y encuentro en ella la demostración de que no ha sido Parmentier, como se cree, el introductor de la patata, sino que Felipe de Sivry en 1588 conocía, recomendaba y retrataba—digámoslo así—el precioso tubérculo, debiendo este conocimiento á un Legado pontificio en Bélgica. Otra curiosidad: los años 1620 y 1622 de la primer *Gaceta*, ¡el primer periódico que ha visto la luz en el mundo!

Como estudio retrospectivo, la tienda y la trastienda, conservadas en su primitivo estado, son interesantísimas. En la tienda veo la efigie de la Virgen, los anaqueles llenos de libros, los pesos de la moneda prontos á funcionar, las tasas de librería expuestas, y á la vista el índice de obras prohibidas—impreso de orden del duque de Alba por el mismo Plantino, y en el cual figuran obras publicadas por Plantino también.—La oficina de correctores presenta su mobiliario auténtico, el pupitre donde trabajaban aquellos á quienes, más que obreros, deberíamos llamar sabios, gramáticos, humanistas y

filólogos, capaces de anotar los clásicos latinos y de redactar papeletas de diccionario ó corregir textos griegos. El hoy modesto oficio de corrector fue ejercido aquí nada menos que por Arias Montano. Los primeros Moretos no se desdenaron de figurar al frente de sus correctores.

Recorridos tienda, despacho y oficina de corrección, me enseñan el aposento de Justo Lipsio, vestido de sombrío cuero de Córdoba con ricos arabescos dorados, y de allí sigo á contemplar la colección de extraños y decorativos alfabetos romanos y góticos, las cajas de caracteres, las prensas ¡sagradas prensas! algunas contemporáneas de Plantino, los estatutos de la Imprenta en un marco, y luego salas y salas con ejemplares y ejemplares de libros y de grabados soberbios, tesoros en autógrafos expuestos en cristaleras, encuadernaciones admirables—aunque ninguna en piel humana como las que existían en la Exposición el año pasado;—la fundición con todos sus útiles y herramientas, moldes, matrices, punzones, hornillos, tres bibliotecas y un archivo atestado de documentos...

Al bajar la escalerita blasonada, al salir á respirar en el pintoresco claustro ó patio que enrama la hiedra y adornan los bustos de la dinastía, experimentaba en sumo grado el sentimiento de la veneración. Todo el robusto esfuerzo intelectual del Renacimiento, al cual debemos la expansión de la Edad Moderna, se me había aparecido bajo la forma artística, selec-

ta, noble, que revistió la Imprenta en sus dos primeros siglos, cuando aún la inspiraban las tradiciones de los códices, de la caligrafía y la miniatura medioeval. Si Plantino resucita y le enseñamos nuestro vil libraco de á tres pesetas, sin ilustraciones, sin márgenes, sin colofón, sin frontispicio, con su papel de estraza y sus erratas á docenas, ó nuestro periódico de á cinco céntimos, con su tinta que se borra y mancha, ¿qué gesto de desdén haría el prócer architipógrafo, el del "Compás de oro", gran señor y gran intelectual?

IX

TRABAJADORES DE LA VIÑA

Al Cardenal Sancha.

Mi excursión de Bruselas á Lovaina no tiene por objeto contemplar retratos de orondos burgomaestres y regordetas fregatrices, ni Casas Consistoriales hordadas en piedra. Según la Guía, las curiosidades de Lovaina están vistas en dos horas; pero el organismo de la tranquila ciudad universitaria requeriría, para ser debidamente estudiado, un mes de residencia. Dos instituciones me importaban: la Universidad Católica y la "Gilde" ó Sociedad cooperativa.

Son los dos aspectos del catolicismo belga: el pensamiento y la acción, la ciencia y la caridad. Del segundo había visto en Lieja muestra tan maravillosa que aún no me encontraba respuesta de mi asombro. El océano de "obras" catalogadas en el "Manual del visitador del pobre", de Laumont, me aturdió con su eco profundo. Las palabras del Obispo, que ya ha subido al cielo, permanecían grabadas en mi memoria: "Es tanto lo hecho, que no cabe duda; nos